

Bazaine leyó, traduciendo correctamente del español:

«Cuerpo de ejército de Oriente. — General en jefe. — Señor General: No siéndome posible defender más tiempo esta plaza, por la falta de municiones y de víveres, he disuelto el Ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa toda la artillería.

»Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ella.

»El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este Ejército, se halla en el Palacio del Gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor General, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.

»Acepte V. E. las seguridades de mi personal consideración.

»Libertad y Reforma. Cuartel general en Zaragoza, á 17 de Mayo de 1863.

»JESÚS G. ORTEGA.

»A S. E. el general Elías Federico Forey, Jefe del Ejército francés. — En su campamento del cerro de San Juan.»

Cuando volvió Miguel á Puebla no pudo menos de recordar su entrada á la ciudad un año antes. La hora era la misma, la naturaleza se mostraba igualmente serena y fría; todo estaba en reposo y todo callaba como en aquella mañana inolvidable; mas en cambio, ¡qué diferencia en las situaciones! Un año había pasado, y estaba tan lleno de peripecias, que Miguel pensaba si no serían muchos hombres los que habían gozado, sufrido y visto tantas cosas, y si no sería materia de un libro la relación de todas sus aventuras, tristezas y placeres. El sol, que salía en este instante, iluminó la bella campiña poblana, antes riente y alegre, ahora fúnebre y desolada. Dejó el oficial que vagara el caballo á su albedrío, cuando le sorprendió un rumor insólito: eran los últimos restos de las tropas sitiadas que salían á toda prisa á recoger los granos de maíz crudo que les arrojaban los empleados de la Intendencia francesa.

En la puerta del Obispado aguardaban Lalanne y Togno, uniformados de pies á cabeza y con sendas lanzas rematadas por banderas blancas. Tras de Miguel llegaban el general don Antonio Taboada y cincuenta ó sesenta de sus compañeros. Es de advertir que á este Taboada los franceses le apellidaban por el remoquete de *l'idiot*, á causa de que en Orizaba había dejado pasar las tropas de Ortega, y en Puebla había visto salir frente á sus narices, sin decirles esta boca es mía, á las fuerzas de

O'Horan, Carbajal y Aureliano. Sin embargo, en esa mañana él y los suyos llegaron sofrenando los caballos, altivo el paso, fiero el ademán, hosca la mirada, el fusil á la bandolera y en la mano nervuda la lanza con banderín. Ver á Lalanne y á Togno y acometerles á lanzazos, fué



Rendición de Puebla
De una obra francesa

todo uno, y lo mismo habrían hecho con todos los jefes que estaban en la azotea si les hubieran alcanzado; vale Dios que no se podían defender y que les podían llevar prisioneros; mas no encontrando manera de prender en los vírgenes y agudos hierros de sus lanzas á los rendidos, empezaron á gritarles:

— ¡Cobardes, sinvergüenzas, traidores, comevacas!...

Los oficiales que estaban en la azotea, cogiendo ladri-

llos de la cornisa los arrojaron sobre los de á caballo; mas cesaron en su empeño al oír que les llamaban á voz en grito «¡Traidores!» Una carcajada y muchos silbidos fueron la respuesta de aquel desplante.

Mas los de las banderas se veían en apuros para poder sortear el cuerpo á cada acometida de los de Taboada; y cuando ya tenían sus lucidos uniformes hechos unas cribas vieron venir calle arriba, en dirección de la Catedral, á un sargento y á tres cazadores de Africa.

— *Mon colonel*, dijo el sargento, que no era otro que el propio Delhonète, que había acompañado á los parlamentarios. Al ver á los afrancesados les preguntó qué querían.

— Soy un general del ejército franco-mexicano, respondió Taboada.

— *Vous n'êtes qu'un traître marquésien*, dijo el simpático muchacho con soberano desdén.

Y como el Taboada insistiera, Delhonète cogió las riendas de su caballo, y dijo enojado, amenazando al General de pega:

— *Allez, allez; vous êtes un traître fourbe; ces sont des soldats, ces sont des braves gens!...*

Y los *marquesianos*, como Delhonète y todos los franceses les llamaban, se alejaron sofrenando los caballos, altivo el paso, fiero el ademán, hosca la mirada, el fusil á la bandolera y en las manos la lanza con banderín.

A poco asomó por la calle un tipo de jinete mexicano. El caballo era negro, grande y braceador; llevaba bozadillo, gargantón y riendas de color verde oscuro formando caprichosas grecas en el pecho y hocico del caballo; el freno, las cabezadas y el fuste estaban forrados de plata maciza; las cantinas llevaban chapetones de plata y bordados de hilo de oro y de pita; los estribos y las espuelas eran de los famosos de Amozoc, incrustados de plata y oro, y en los tientos delanteros llevaba de un lado el cabestro y del otro la reata de lazar. El charro iba cubierto con un gran zarape de color verde que llevaba en el medio una cruz de galón blanco, y no se le veía de la cara más que un gran bosque de barbas. Al llegar al Obispado se introdujo al patio y todos pudieron conocerle.

— Es Paulino Gómez Lamadrid, dijeron; viene de seguro á buscar á Benito Quijano.

— Seguramente; son tan amigazos que desde niños se criaron juntos y se han tenido siempre un grandísimo cariño. A pesar de militar en bandos opuestos, Lamadrid daría la vida por Quijano, y Benito por Lamadrid.

El de las barbas buscó á su amigo con la mirada, y viéndole entre un grupo de oficiales, á él se dirigió:

— Hermano, ya sé lo que les pasa; ¿en qué te puedo servir? ¿En qué te puedo ser útil?

— Yo no tengo hermanos entre los traidores, contestó furioso el otro; te quise mientras no fuiste correligionario

mío, porque la diferencia de opiniones nada importaba; ahora que has traicionado á la patria, te detesto.

Aplaudieron á dos manos todos los presentes y Lamadrid salió más que de prisa.

Pero después entraron veinte ó treinta zuavos desarmados; querían conocer á los mexicanos y hacer amistad con ellos; llevaban pan y vino, y estuvieron trincando con los oficiales inferiores, cuando aparecieron nuevos grupos de mochos insultando á los prisioneros. Los zuavos cogieron baquetas de las que estaban tiradas por el suelo y á golpes hicieron huir á los esforzados paladines de la fe.

Cosa de las once, Forey mandó suplicar á los generales Ortega y Mendoza que almorzaran en su compañía. Mendoza llevó consigo á Miguel Olivos; Lalanne y Togno ocurrieron en representación de Ortega, quien para excusarse alegó su vieja enfermedad de estómago.

Sentáronse á la mesa, además del invitador y los convidados, el coronel d'Auvergne.

Tratóse en la comida de no sé cuál de las atrocidades del mariscal Turenne en el Palatinado, y Forey hizo apreciaciones que Mendoza contradujo; replicó el otro, y al cabo de la disputa convinieron en someter la cuestión al arbitraje del Jefe del Estado mayor francés.

— Ya que VV. EE., manifestó el coronel d'Auvergne, tienen la bondad de someterse á mi fallo, diré que, en mi

pobre concepto, el señor general Mendoza es quien lleva la razón.

— ¡Demonio! dijo Forey; ¡qué suerte tan perra, venir á tierra extraña á que me den lecciones de la historia militar de mi país!...

Rieron todos, y luego se trató de la caída de Puebla y de la suerte de los prisioneros, y Forey preguntó á Mendoza:

— Decidme, mi General, ¿quién aconsejó al general Ortega esa extraña resolución de romper las armas y entregarse á discreción?

— Quizás, respondió abochornado el ordenancista Mendoza, consista todo en que el señor general Ortega no pertenece á la profesión militar.

— Así se me ha figurado; mas no creáis que se lo reprocho; me parece una terminación bella y grande de un sitio heroicamente sostenido.

— Señor, V. E...

— Me habéis cautivado con vuestra conducta; no creáis, no faltaban á mi lado gentes que me propusieron que os fusilara (1), ni quienes, un poco más humanos, quisieran que os deportara á Cayena ó á la Martinica, ya que os habíais entregado sin condiciones (2). ¿Sabéis lo que les he contestado? A los que me pedían que os fusilara,

(1) Woll y Almonte.

(2) Saligny.

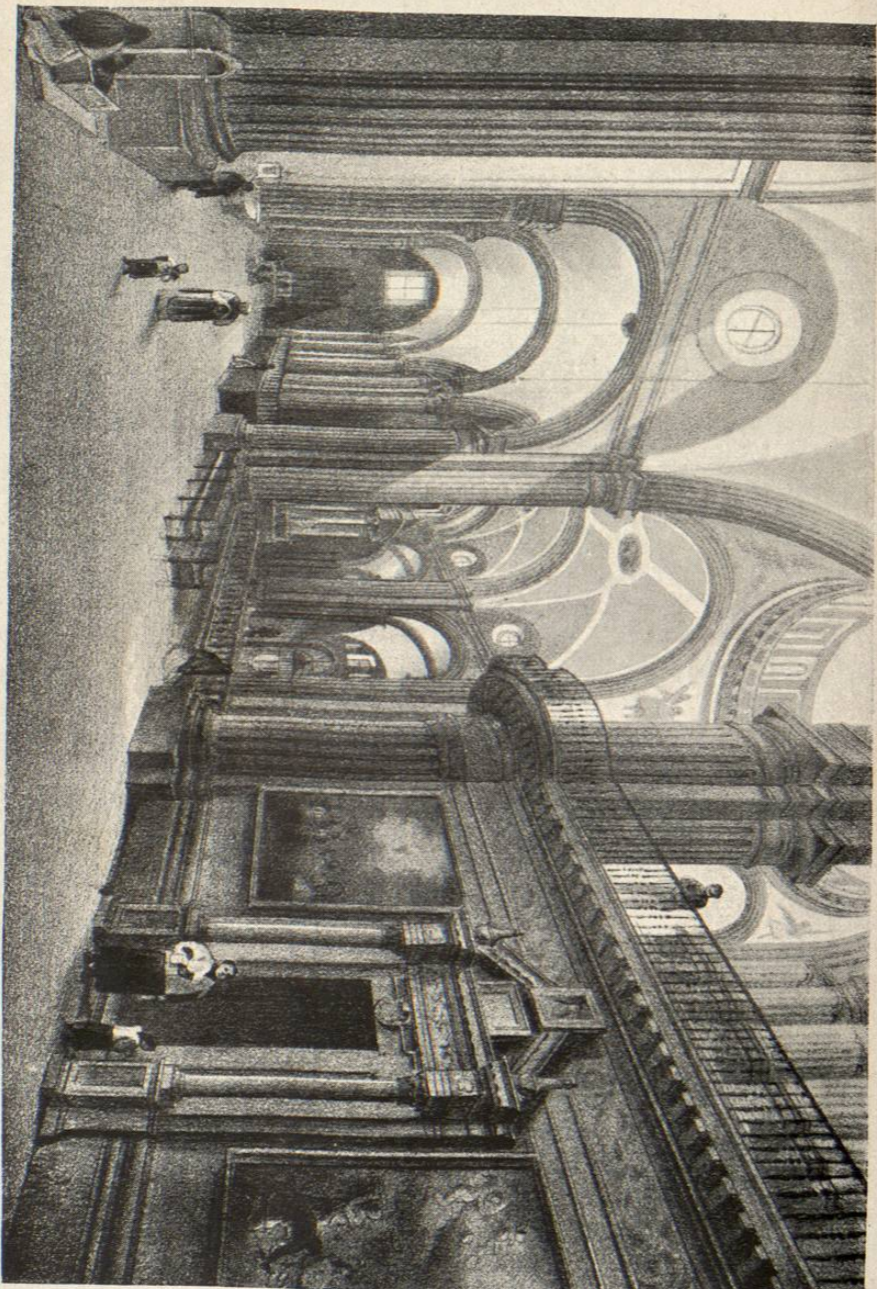
mi respuesta ha consistido en volverles la espalda; en cuanto á los otros, les he dicho: «Bien está; no hay convención escrita; pero á falta de mi firma en un papel, existen las leyes eternas del honor, que me obligan más que nada, y las tradiciones de confraternidad militar, á las cuales no faltaré nunca. Este ejército quizás haya excitado el disgusto de los políticos por su tenacidad en la defensa y por el valor que han desplegado sus jefes; pero en cambio se ha ganado la estima y la consideración de nosotros los soldados; y nunca consentiré en que se trate como malhechores á tantos valientes.»

— V. E. es justo, exclamó Mendoza inclinándose.

Al día siguiente, diez y nueve, hizo su entrada en Puebla el ejército francés. Tras el ejército, entre la impedimenta y los carros de provisiones, llegaron Almonte, Miranda, Woll y el gran Tirso Córdova, que consideró aquel el mejor día de su vida.

¡Qué sorpresa la de Forey! Ni una autoridad que le recibiera, ni una mujer que le sonriera, ni un grupo que le aclamara, ni una campana que se echara á vuelo á su paso; las charangas, los clarines, las músicas, las banderas y los uniformes hollaban aquella ciudad muerta, como el violador huella la belleza de que gozó no en buena lid, sino á la fuerza y á traición.

Sólo el clero abrió la Catedral rutilante de luz, resplandeciente de plata y oro, con sus treinta y dos lám-



Interior de la Catedral de Puebla
De una litografía antigua

paras de plata forjada al martillo, con sus ramos de flores artificiales de filigrana de plata y oro, con su altar que soportaba doce candelabros de plata maciza de tres metros de altura cada uno, con su custodia de la torrecilla, que tenía dos varas y cinco sesmas de alto.

Los canónigos que habían huído asustados al saber que caían bombas sobre Puebla, volvieron á toda prisa al tener noticia de que ya había un nuevo opresor á quien acatar y á quien bendecir llamándole enviado del Altísimo.

Ese día, muchos devotos poblanos recibieron al General llevando las varas del palio, mientras nuestro amigo Sedeño, ya repuesto del susto y la fatiga pasados, incensaba hasta ahogarles á los mimados de Dios.

Con ese incienso y esos agasajos pretendieron los clérigos sellar para siempre la unión que trataban de establecer entre el invasor que roba y mata y el buen Dios que ama y perdona.